

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*El Carnaval de 1859, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Dos palabras sobre teatros, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Rugier de Lauriga, novela original por Doña Felicitas Asin de Carrillo. Segunda parte.*—*Geroglífico.*

EL CARNAVAL DE 1859.

Sueño que acaso haya salido verdad.

La última vibración de una campanada acababa de perderse en el espacio. Reinaba aun la oscuridad sobre la tierra. Eran las cinco y media del 6 de Marzo: la hora del sueño para muchos: nosotros dormíamos y soñábamos. Un gran lago se extendía á nuestra vista, y parecíamos que sus entonces tranquilas aguas, heridas por los rayos del sol, comenzaban á agitarse y á bullir. A poco vimos salir de ellas extrañas figuras cubiertas con diversos y caprichosos trages; una careta velaba la faz de todas; millares de voces chillonas poblaban los aires. ¿Eran las ranas de aquel estanque? No; eran los gritos del Carnaval que en aquel punto comenzaba. Poco despues una especie de sátiro con cuernos y piés de cabra llegó corriendo armado de una escoba. Con ella removió una y otra vez las aguas del lago, y de en medio de su revuelto cieno brotaron otras mil y mil feísimas figuras de nauseabundo olor y cubiertas de harapos repugnantes á la vista. Ya, entonces las primeras habian ganado la orilla y dispersádose en distintas direcciones: estas se arrastraron tambien hasta ella, y entre mútuas coces y manotadas esperaban la señal al son de las destempladas guitarras y de los broncos caracoles. El sátiro sin embargo, seguia removiendo el cieno con su escoba, y á cada golpe de ella volvían á surgir nuevas figuras, pero no ya enmascaradas: su propia cara les bastaba. Muchas de ellas eran mujeres, y estas llevaban saquillos, cuyos cordeles iban liados á su cintura, en vez de ir al pesuezo, como fuera mas razon. El resto de esta noble concurrencia empuñaba plumeros de pa-

pel, cartuchos de polvos, puñados de frijoles ó de maiz, botellas de vino, berzas y hasta morcillas de lustre.

Luego que el gefe de aquellas turbas vió terminada su obra, hizo señal de atencion, y hablóles en estos ó parecidos términos:

"Gente soez y desenfadada que me escuchas, tu reino de tres días comienza. Aprovéchalo entre la intemperancia y el desórden; nada respetes; escarnece y befa á todo tu sabor á cuantos caigan bajo tu jurisdiccion omnimoda; en una palabra, diviértete á tus anchas. No permitas que la mal llamada gente decente disfrute pacífica de otros goces menos tumultuosos que los tuyos: no toleres tampoco que haya nadie que quiera permanecer tranquilo en su rincón ni dedicarse á útiles ó inocentes ocupaciones. Ellos no tienen derecho á hacer lo que quieren; pero en cambio tú lo tienes para que hagan lo que á tí se te antoje.

"Vosotras, las de la seccion de los saquillos, tomad por asalto los balcones, y desde ellos deslomad sin commiseracion á cuantos caigan debajo de ellos. No repareis en si son gentes que buscan bromas, ó si personas formales que van á sus negocios ó á cumplir con deberes sagrados de su profesion ó ministerio. Nada: duro en ellos, rueden sus sombreros por el polvo, rueden ellos tambien, y si podeis ponerle á alguno un ojo como un tomate de Rota, mayor será vuestro placer, como mayor será vuestra gloria.

"Y vosotras, las de la seccion de los frijoles, legumbres y chacina, la cazuela os espera. No aquella en que debieran freiros, sino la del teatro Principal. Desde sus altas regiones disparad á mansalva sobre el patio, orquesta y escenario. No tengais para nada en cuenta que vuestros polvos ensucian los vestidos de los concurrentes, que vuestros frijoles lastiman las cabezas, que vuestras colles (porque sin duda las llevareis tambien) rompen los atriles y pueden romper las narices y algo mas; no repareis tampoco que todo eso lo arrojaís sobre las señoras que ocupan las lunetas, ni os arredre el ver que el público á quien pretendéis hacer víctima de vuestros incultos solaces, no quiere prestarse ya á serlo, que os rechaza, que os llama al órden, que repele indignado vuestras bromas de mal género, porque no paga su dinero para que le

arrojéis morcillas podridas ni le embadurneis la cara con merengues trasnochados. Nada de esto os afecte ni os retraiga. El caso es que llameis la atención de alguien y por algo; cosa que de otro modo os fuera difícil.

"No deben, por tanto, dedicarse á esta clase de ejercicio, ni menos al de arrojar saquillos, otras que las feas, porque las bonitas no han menester de eso para que las miren: con su cara les basta. Ese es un consejo que las doy. Semajantes faenas observo además que se van haciendo *cúrsis*, valiéndome de la espresion vulgar y propia admitida en el uso comun. Esto me contraría, pero nada debo ocultaros.

"Ahora os toca á vosotros, ora seais gallos de levita lanzados á ciertos bailes en busca de conquistas ó de coscorrones, ú ora audaz pollería de los barrios, que por derecho de Carnaval haceis irrupcion en terreno no acostumbrado. Esgrimid vuestros plumeros de papel, y sin miramientos que no debeis conocer sacudid con ellos el rostro de las señoras que transitan, y abrumadlas y fastidiadlas con bromas que no buscan, osando poner vuestras sucias y apestosas manos en sus caras. Abollad los sombreros de los que aciertan á pasar por vuestro lado, atropelladlos con vuestros bestiales empujones, y nada os importe que alguno, menos sufrido, os devuelva en cambio tal cual trancazo, porque esos dias sois los dueños y todo se os tolera cuando no se os permite. Bien es tambien que solteis en la ocasion algun petardo ó triquitraque, esperando para ello que haya bullicio y confusion, porque entonces no se pierde el golpe, y hay seguridad de chamuscar á tres ó cuatro personas y de quemar otras tantas mantillas, amen del susto, que es tambien gran parte de la diversion.

"Viejos de las pelucas de estopa, cautivas de la callejuela de las Canastas, vuestra es hoy la poblacion por el ya citado derecho del Carnaval. Ocupadla militarmente. Asolad las tabernas y achocad si podéis al montañés, que ese para vosotros no es prójimo, y cuando pasados estos tres solemnes dias consagrados á la embriaguez, á la crápula y á la broma, amanezcais molidos, estropeados, y sin un cuarto en el bolsillo, consolaos con el recuerdo de vuestro efímero dominio, y preparaos para otro año, en el cual espero volver á sacaros á luz mediante el mágico poder de mi escoba."

Y esto diciendo, la introdujo de nuevo en el sucio lago y roció con ella á la muchedumbre, que entre alaridos de gozo se desbandó por aquellos sitios, perdiéndose al cabo en lontananza sus últimos ecos.

Una estrepitosa y maligna carcajada del misterioso personaje de los cuernos nos despertó. El sol tocaba ya casi á la mitad de su carrera, y abrumados por la pesadilla nos asomamos á nuestra ventana para aspirar la pureza del aire en un hermoso dia. A algunas varas de distancia vimos á una mujer en un balcon; en aquel punto arrojaba un saquillo sobre un descuidado y pacífico transeunte. Rodó su sombrero, rodó él detrás, y desde mi casa escuché las sublimes interjecciones, los castizos de-

nuestos con que interpelaba á la causante de su desaguisado. Ella oyó aquello con la impavidez de quien está acostumbrada á oír sin ruborizarse semejantes palabras, hartas mas espresivas que decenas.

Cerramos entonces la ventana, y recordando una por una todas las circunstancias de nuestro reciente sueño, nos preguntamos: ¿Será verdad?

FRANCISCO FLORES ARENAS.

DOS PALABRAS SOBRE TEATROS.

Han terminado por ahora las tareas del Principal. Parécenos bien, porque la experiencia ha demostrado que la concurrencia es escasísima en la cuaresma, al menos en Cádiz. Durante ella se dice que se llevarán á cabo algunas obras importantes entre las muchas que este coliseo reclama imperiosamente. La escasez de tiempo y de medios limitarán el número de estas, porque aun contando con lo segundo no es posible estenderlas mas allá de Pascua, época en que volverán á andar los interrumpidos trabajos artísticos, toda vez que para entonces comienzan las nuevas contrataciones. Tampoco es sazón aun de decir quienes de los actuales cantantes continuarán y á quienes habrá que reemplazar, porque eso depende de ciertas circunstancias.

De todo cuanto á nuestra noticia llegue iremos dando oportuno conocimiento al público.

La falta de espacio, que hoy hemos tenido que dedicar á un objeto de oportunidad, nos impide el seguir haciéndonos cargo de los artículos del Sr. E. D. relativos al proyecto de un teatro. Seis de aquellos componen la coleccion completa, y en rigor habria podido escribir sesenta, puesto que quizá los mas de ellos nada tienen que ver con la cuestion de que se trata, segun le manifestaremos en tiempo oportuno. Despues de leídos todos, cosa que pocos han hecho, nos hemos acabado de tranquilizar. Se nos habia asustado, y hemos visto que no hay razon para ello. Decíanos en nro que hablaba como dueño y empresario de teatros. Lógicamente ha debido pegar fuego al suyo. Tal se desprende de los principios que sienta y de las consecuencias que saca. Pero no adelantemos la cuestion y quédese para otro dia.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.ª FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

Lo que resultó por el pronto de aquella entrevista, no lo hemos podido averiguar; pero es lo cierto que D. Fernando de Castilla empezó á mirar con no muy buenos ojos á su hermano D. Juan, y que tanto el de Lara su antiguo favorito, como otros palaciegos, comenzaron á desconfiar de su buena fortuna. En público, lo mismo que privadamente, muchos magnates y hombres de valía que se vieron postergados durante mucho tiempo, volvieron á verse honrados y favorecidos por el rey, particularmente D. Lope de Haro que no se apartaba de su compañía.

D. Juan de Lara y el turbulento infante tuvieron varios conciliábulos con los demás que de día en día iban declinando rápidamente. Codiciosos de mando y de riqueza, todos aquellos hombres solían tomar, como suele decirse, el cielo con las manos al notar que el poder se les escapaba de ellas, y no faltó quien propuso la adopción de un plan infame, indigno de pechos leales y mas propio de bandidos que de personas de elevada gerarquía.

Si aquella propuesta tuvo eco en los que la escucharon y si fué rechazada ó admitida por la generalidad, cosa es que tampoco podremos afirmar ó desmentir; pero ello es, que una noche al salir D. Lope del Real Alcázar solo y desprevenido, se halló cercado de una porción de hombres armados, que todos juntos dieron contra él una terrible arremetida, hasta el punto de que mas de uno de aquellos aleves puñales llegase á traspasar su ropilla, embotándose afortunadamente en las sutiles mallas de la finísima cota que llevaba puesta.

D. Lope retrocedió dos ó tres pasos y sacando con la celeridad del rayo su tajante espada trató de defenderse de tan inesperada y ruda acometida: pero como eran tantos los que contra él iban y estaban tan ansiosos de vencerle y matarle, nuestro jóven se vió en tan terrible aprieto, que al cabo trató de hacerles pagar muy cara su vida que creyó en inminente peligro.

—Pardiez, exclamó, que sois tan villanos como traidores y tan traidores como cobardes; viniérais de dos en dos y aun de tres en tres contra mí y yo os juro que de no echar á correr moriríais todos á mis manos; pero teneis miedo y venís en trahilla como perros asesinos que sois.

—¡A él, á él! decían con voz ronca sus agresores sin dejar de acometerle.

—Sí, á mí, repuso D. Lope tirando una terrible estocada, pero no serás tú quien de hoy mas vuel-

va á cruzarse en mi camino.

El hombre á quien iban dirigidas estas palabras, cayó en tierra con el corazón atravesado y lanzando un triste gemido de agonía.

Los asesinos le vieron caer y retrocedieron con espanto. D. Lope aprovechó aquel instante, y dando un salto se puso de espaldas contra una pared como buscando un punto de apoyo donde guarecerse.

La noche era lóbrega y tempestuosa.

D. Lope creyó distinguir á lo lejos un ruido acompasado que le pareció ser producido por las pisadas de un caballo que avanzase lentamente hacia el sitio en que él se encontraba cercado de sus acometedores.

Estos últimos habian vuelto á la carga con mas encarnizamiento que antes, y D. Lope sintió, en uno de los mas supremos momentos de su desesperada resistencia, que uno de los aceros enemigos penetraba, frio como el soplo de la muerte, dentro de sus carnes. Entonces lanzó un rugido de dolor y de desesperación, y avivando sus esfuerzos trató de abrirse paso á todo trance.

Acababa de oír por segunda vez aquellas pisadas que le hicieron vislumbrar un nuevo rayo de esperanza.

Entonces siguió para él un instante de verdadera y terrible agonía; la luna, que acababa de desencapotarse de un monton de apiñadas nubes le mostró, por encima de las cabezas de aquellos hombres, la brillante armadura de un caballero que, apercibido tal vez de que allí acontecia algo de terrible y misterioso, echó su caballo á un trote bastante largo y se acercó al grupo que formaban los asesinos de D. Lope.

Este quiso gritar entonces demandando favor, pero estaba bañado en su sangre y sintiendo que su vista se nublaba, y que su mano se iba negando á sostener el acero, perdió la esperanza y cayó inerte á los piés de sus enemigos.

—Nuestro es! exclamaron ellos embriagados de júbilo; acabémosle!

A este grito siguió otro de angustia y maldición que resonó en toda la calle. Luego se oyó nuevamente el crujir de las espadas, el golpe de otro cuerpo que caía exánime en medio del arroyo y una voz de "¡huyamos, estamos perdidos!" lanzada con acento de pavor.

El noble ginete que, cerciorado de lo que allí acontecia, revolvió su caballo y sin encomendarse á Dios ni al diablo comenzó á dar tajos y reveses por do quiera, se halló al fin solo en medio de la calle, despues de haber puesto en dispersion á los enemigos de D. Lope.

Hemos dicho que se halló solo y hemos dicho mal; la muerte reinaba en torno suyo al ver que allí habia tendidos sobre el suelo dos cadáveres y el cuerpo inanimado de aquel en cuyo socorro acababa de acudir.

El caballero se apeó y cogiendo las riendas de su brido se acercó al sitio en donde el de Haro se hallaba: puso una rodilla en tierra y trató lo primero de aflojar las hebillas de su armadura, con ob-

jeto de ver el sitio en donde le habian herido.

D. Lope volvió en sí poco despues y pronunció algunas palabras ininteligibles. El caballero se levantó repentinamente y echó mano á la cruz de su espada.

—Ha pronunciado el nombre de Catalina! exclamó.

Y luego, dominando aquel arranque impetuoso de admiracion, de enojo y de impaciencia, volvió á inclinarse sobre el herido y añadió por lo bajo.

—Veamos quien es este hombre.

Diciendo así, fijó una mirada indagadora en el rostro de D. Lope y volvió á exclamar:

—¡Cielos! el hijo de D. Diego! el que hoy parece que priva en Castilla! mi rival puesto en semejante trance! ¿Qué significa esto?

El herido recobró enteramente el uso de sus sentidos y le tendió una mano diciéndole.

—Gracias, caballero; no os conozco y sin embargo debo viviros eternamente obligado; nunca olvidaré que os debo la vida.

—He cumplido un deber de hombre honrado y nada teneis que agradecerme, respondió el desconocido con cierta aspereza que en vano intentaba disimular. ¿Podeis decirme en que puedo serviros?

—Esa voz... ¡oh! yo conozco esa voz, murmuró el de Haro tratando de incorporarse; venid, acercaos, dejadme que os vea.

D. Lope que acababa de apoderarse de una mano de su libertador, fijó en el rostro de este sus ávidas miradas y dejó escapar una exclamacion de sorpresa.

—Rugier de Lauriga! dijo soltando su mano repentinamente.

—Sí, yo soy, respondió el caballero; yo que os he visto vilmente asediado y que acudí á socorberos sin saber quien érais, lo mismo que lo haria cien veces sabiendo quien sois, con tal que os hallara en un trance semejante. Siempre hay tiempo de ajustar cuentas atrasadas cuando se tiene buena voluntad; mas por ahora espero que me dispensareis una tregua en nuestro rencor... Dónde os sentís herido?

—Aquí en el costado izquierdo, respondió D. Lope sofocando un suspiro que le arrancaban sus dolores: pero por fortuna el hierro no ha penetrado mucho y espero que esto no sea cosa de cuidado. Ahora, capitán, creo que no tendré necesidad de molestaros mucho; veo gente que se acerca con antorchas encendidas, y si la vista no me engaña es una parte de mi servidumbre que sin duda me habrá hechado de menos.

La calle, en efecto, se iba alumbrando con las luces de aquellas antorchas, y los hombres que avanzaban y que eran criados del jóven favorito, llegaron al sitio en que este se hallaba en compañía de Lauriga. Pocos momentos despues, D. Lope, que habia vuelto á desmayarse, fué conducido á su casa en una litera que se trajo al efecto. Rugier de Lauriga le acompañó y viéndole colocado en su lecho y en compañía de un facultativo, salió silencioso de la casa, y montando de nuevo en su ca-

ballo se internó por uno de los barrios mas apartados de la ciudad.

Rugier se presentó al dia siguiente y durante otros varios en casa de D. Lope, cuyas heridas se habian agravado hasta tal punto que su vida llegó á inspirar serios temores. La fiebre se apoderó de él enteramente y entonces se vió al capitán instalarse junto á su lecho y velarle dia y noche con una solitud que cualquiera hubiera calificado, al verla de verdaderamente paternal.

¿Era que Rugier habia olvidado sus celos ante el espectáculo de dolor que se presentaba á su vista? D. Lope en medio de sus delirios solia pronunciar el nombre de Catalina, mezclado con mil palabras incoherentes. ¿Sentia Rugier por ventura alguna complacencia al oír aquel nombre? ¿Podia gozarse al ver los tormentos de su rival? Esto no podia ser así, toda vez que el desgraciado esposo tomaba un vivo interés, que crecia por instantes, por la curacion del herido.

Lo cierto es que los dias eran eternos para Lauriga; que un pesar profundo, inmenso, inaguantable iba destruyendo su vigorosa organizacion; que ya no era sombra siquiera de lo que fué en otro tiempo, y que al permanecer al lado de la cabecera de D. Lope nadie hubiera podido descifrar cual de los dos se hallaba mas enfermo.

(Se continuará.)

Solucion del geroglífico anterior.

El dominó es el traje mas cómodo y económico de máscara.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

